

A **Contra** corriente

Una revista de estudios latinoamericanos

Vol. 15, Num. 3 (Spring 2018): 301-308

Reseña / Review

Alejandro Sánchez Lopera. *Nibilismo y verdad: Nietzsche en América Latina*. Peter Lang, 2018.

Genealogía de un desencuentro

César Zamorano Díaz

Universidad de Santiago de Chile/CONICYT

La historia entera de una “cosa”, de un órgano, de un uso, puede ser así una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos, cuyas causas no tienen siquiera necesidad de estar relacionadas entre sí, antes bien a veces se suceden y se relevan de un modo meramente causal. (Nietzsche, *Genealogía de la moral* II &12)

La inquietud por pensar las coordenadas desde las cuales el pensamiento es capaz de aprehender las particularidades de un continente son algunas de las inquietudes que nos presenta el libro de Alejandro Sánchez Lopera. Las cavilaciones acerca de un pensamiento latinoamericano datan de la constitución de los estados naciones en su

contexto de independencia. Sin duda es Martí quien con mayor fuerza intentará configurar una nueva mirada desde nuestra “propia Grecia” capaz de desmontar la asimetría de un pensamiento “civilizatorio” como lo opuesto a lo “natural”. Más específicamente, Juan Bautista Alberdi utiliza el término de filosofía latinoamericana para señalar esta particularidad que Alejandro Sánchez intenta rastrear. La aparición de esta noción ya en Alberdi constituye originalmente como síntoma de una constatación deficitaria de un pensamiento americano propio, como conciencia de sí y para sí. El contrapunto de esta narrativa genealógica que intenta localizar la presencia/ausencia de Friedrich Nietzsche en la conformación de una tradición filosófica es abordada desde distintos ejes de discusión que configuran el ordenamiento de este libro.

Sánchez afirma que ese diálogo imposible no sucede debido a tres conflictos centrales. El primero, entre un pensamiento de la identidad y el origen versus el perspectivismo nietzscheano. Un segundo conflicto es entre la hermenéutica y la genealogía, signada por Wilhelm Dilthey y exportada por Ortega y Gasset y José Gaos. Finalmente, la discrepancia entre la genealogía, como indagación de las procedencias por sobre el historicismo hegeliano.

En efecto, de extremo a extremo del continente latinoamericano, de Leopoldo Zea a Enrique Dussel, pasando por Danilo Cruz Vélez, el delirio de ser reconocidos por el europeo no deja de rondar la escritura de lo que ha llamado filosofía latinoamericana—en tres de sus vertientes centrales, la filosofía normalizadora (Francisco Romero), la corriente historicista (Arturo Ardao, José Gaos y Leopoldo Zea), y la filosofía latinoamericana de la liberación (Enrique Dussel). (3)

Sánchez intenta analizar las causas de este desencuentro que sitúa en tres diferencias: entre un saber de las esencias versus el perspectivismo, entre una hermenéutica que busca el sentido sobre la genealogía que desmonta sentidos para crear nuevos y, finalmente, la menos evidente oposición, es la que establece entre una visión hermenéutica y epistemológica, “una concepción distinta del libro, del tiempo y, por ende, del mundo” (13).

Dividido en cuatro partes que a su vez constituyen cuatro capítulos, los rastros de una búsqueda es explicitada ya desde la introducción cuando señala que “mi tesis es que tanto el pensamiento de lo uno, la filosofía latinoamericana no puede servirse del pensamiento nietzscheano: es imposible construir un pensamiento del origen y la unidad desde un pensamiento de lo múltiple, como el de Nietzsche” (6). La primera parte titulada “Literatura”, examina que la obra de Nietzsche como literatura ha sido la entrada de su obra en nuestro continente, y no dentro de la historia de la filosofía,

principalmente ligado al “siglo lingüístico”. Aquí desarrolla el contrapunto entre la obra nietzscheana, la interpretación y el perspectivismo con la hermenéutica de Dilthey, que identifica la vida con el libro, donde lo que se quiere es desentrañar el sentido originario y no la construcción afirmativa de nuevos sentidos. Pone en evidencia la intempestividad de la obra de Nietzsche en el marco de la tradición filosófica occidental, al confrontar la hermenéutica del origen con el perspectivismo y la interpretación como violencia y creación de sentido. Dentro de esta anti-tradición, aparecen los nombres de Derrida y Deleuze como receptores de su influencia que está posicionando algunas de las más ácidas discusiones que Nietzsche encaró fervientemente contra su tiempo. Sobre este último, más adelante Sánchez afirmarí que constituye, junto a Gutiérrez Girardot, quien con un cierto *pathos* desprende las reflexiones nietzscheanas de la lectura atenta de Heidegger. Esta confrontación sitúa en diferentes líneas a la literatura y la historia, pues mientras la hermenéutica quiere encontrar y reconstruir continuidades, Nietzsche quiere desmontar, destruir y fragmentar. En este sentido, Sánchez plantea que es el *Origen de la tragedia* y luego la *Genealogía de la moral* los libros claves para presentar esta evidente diferencia, que es la tradición que nos llega a Latinoamérica y que nos impide encontrarnos con Nietzsche. Son fuerzas, pulsiones y síntomas los que deben ser encontrados y no la paternidad de un autor sobre las ideas que son sustentadas. Son estas fuerzas las que intentan hacerse cuerpo y que se han impreso violentamente en nuestra sociedad y que no han sido debidamente interpretadas para evidenciar sus genealogías y determinar cuáles son las fuerzas que están en juego.

Pero es la segunda parte, “Filología”, donde comienza efectivamente a mostrar las repercusiones teóricas que la obra de Nietzsche ha tenido en América Latina. Este apartado es sin duda uno de los mejores de este libro. Su escritura llena de matices, refieren al mismo tiempo a un escritor latinoamericano capaz de discutir sin lamentaciones con Nietzsche y extender los ecos de sus martillazos hasta nuestro continente, sin maniqueísmos, posibilitando complejas distenciones y diálogos sin tener que pasar por el cedazo de sus selectos lectores, como Heidegger u Ortega y Gasset, tal como evidenciará en el siguiente apartado. Sánchez destaca a Rafael Gutiérrez Girardot, quien realizó una interesante propuesta filosófica, sosteniendo que, a partir de su publicación *Nietzsche y la filología clásica* en 1966, “Gutiérrez logra derrumbar la idea de una América Latina inmune a la experiencia nihilista del ‘todo es sin sentido’ o ‘en vano’, esto es, la desvalorización de la vida” (52). Asimismo, las afirmaciones en torno a la recepción de la obra de Nietzsche y sus comentaristas “posmodernos”, como denomina a Derrida y a Deleuze, lo sitúan en una línea que pretende confrontar una

relación con la dialéctica hegeliana. El acierto de Gutiérrez sería su capacidad de pensar fuera de las jerarquías de la falta, de la carencia del pensamiento realizado en Latinoamérica en comparación con el pensamiento europeo. Lo interesante es que la lectura de Gutiérrez permite presentar “ese *otro* Nietzsche”, fuera de la tradición normalizadora de la filosofía latinoamericana. “Ahora ¿qué más nihilista, sino, el desprecio por nuestra propia conformación colectiva y su presunta lengua incapaz de filosofar? El desprecio por aquello que efectivamente somos, desprecio por la vida tal cual es, y el anhelo por aquello que no fuimos o dejamos de ser” (71). Es ese otro Nietzsche el que a Sánchez le parece sostener pulsiones afirmativas que pueden servir como dispositivos de resistencia a un pensamiento reactivo propio: “La filosofía se transmuta en un sobrevuelo de pensamiento que sólo toca tierra para volver a desplegarse de cualquier continente, como una flecha disparada al infinito para que otros en algún momento la recojan y a su vez la vuelvan a disparar” (73).

Si el capítulo anterior se detiene en una recepción crítica desmoralizante de Nietzsche, en este nuevo apartado, titulado “Filosofía”, se refiere al debate dominante en América Latina en torno a la obra de Nietzsche, quien es deslegitimado por la filosofía mayoritaria que se presenta principalmente en la filosofía de la liberación, que deriva de la tradición de Ortega y Gasset y que a su vez está pensando desde la hermenéutica de Dilthey. Una vez más, la depreciación de la vida y la condición en que se estructuran las fuerzas son las que llevan a decidir por una hermenéutica del descubrir (*aletheia*) contra el valor de la vida y error como condiciones que sustentan la maximización de fuerzas. La propuesta crítica de Sánchez vendría nuevamente a establecer que es el presupuesto de una verdad por descubrir, elucubrada desde una tradición filosófica occidental, proponiéndose entonces comprender el periplo continental como una búsqueda del sentido originario, y no una búsqueda de sentidos que reviertan las condiciones de carencia teórica en la que nos hemos comprendido. Ortega y Gasset sería nuestro Sócrates—aquél que si bien escribe, lo hace en lengua bárbara—quién exportará su platonismo para el pueblo, que desprecia la vida para conducir al abandono y la renuncia.

La noción de déficit y carencia son las que entran en juego en esta dinámica que, para el autor, resultan determinaciones sustentadas en la concepción normalizadora de la filosofía académica en América Latina. Es decir, no solo cargamos (como el camello) toda la tradición filosófica que Nietzsche atacó, más aun, estamos retrasados y aun hay mucho trabajo que hacer para volvernos “contemporáneos”. Es desde esta tradición la que importa, en ediciones limitadas, la obra de Nietzsche a

nuestras tierras. De la mano de los españoles José Ortega y Gasset y José Gaos, el arribo de la obra del filósofo del martillo llegará no solo a destiempo, sino perversamente domesticado, ya sea desde el vitalismo heredado de Dilthey y desde una lectura heideggeriana de su obra concentrada en la *Voluntad de poder*, esa obra apócrifa que Nietzsche nunca escribió y cuyo montaje fuera realizada por su hermana Elizabeth y su discípulo Peter Gast y que luego sería ensalzada por el nazismo de la mano de Heidegger. Son estas filosofías que Sánchez denomina “mayoritarias”, en las que incluye también la filosofía de la liberación de Enrique Dussel las que han diseñado una tradición de la carencia y, por tanto, del resentimiento, las que han impedido un diálogo efectivo con un tipo de pensamiento inaugurado por Nietzsche.

“Moral” es el último capítulo de este libro. Allí el autor se propone abordar precisamente lo que considera uno de los rasgos mas notorios de la filosofía latinoamericana, esto es, la moralización del sufrimiento. Efectivamente, para el autor, la filosofía latinoamericana ha estado anclada en una hermenéutica que persigue incansablemente su origen, articulada en torno a su unidad común de sufrimiento y culpa, lo que deriva necesariamente en una concepción antinietzscheana de una moral del resentimiento.

No se trata, reitero, de alabar la carnicería de la Conquista. O de elogiar la expropiación capitalista. Sino de situar el posicionamiento de esa filosofía latinoamericana frente a esas problemáticas, indagar por la valoración que hace de esos procesos. Y su posicionamiento, lejos de ser liberador o crítico, es reactivo, en tanto moraliza el sufrimiento. (119)

Con una sólida y bien documentada pluma, este libro aborda en lo anterior el diagnóstico de un diálogo imposible entre Nietzsche y América Latina, que no ha sido capaz de abandonar aquellas fuerzas reactivas que diseminan por doquier el nihilismo anunciado por Nietzsche a raíz de la muerte de Dios. Para Sánchez, el nihilismo ha sido fecundo en América Latina precisamente porque el cristianismo, es decir, el platonismo para el pueblo como solía llamar Nietzsche a esa conformación absoluta, se ha expandido a nivel global con la irrupción de la modernidad y su capitalismo planetario. Sus repercusiones en América han sido dramáticas y notoriamente sangrientas porque cabe recordar que todas las estructuras que Nietzsche intentó destituir son las que llegaron a América y se hicieron sangre y cuerpo, donde la nemotecnia se dictó en los cuerpos lacerados por siglos, que difícilmente pueden ser borradas por la desmemoria. Concuerdo con el autor, que consignar Latinoamérica como unidad hace imposible un dialogo con el filósofo de Sils-María. La unidad así definida es ajena a toda

consideración genealógica que precisamente atiende al devenir siempre en conflicto de sus fuerzas que nunca se concilian. El relato que Alejandro nos refiere es el de una tradición que deriva precisamente de la ontoteología europea, la que Nietzsche quiso dismantelar por conducir necesariamente al nihilismo, esa derivación que va del “Dios es todo” al “nada es verdadero” o al “todo vale”. Nihilismo pasivo, que en su condición de mera esterilidad del abandono, se queda en su condición sufriente. Sin embargo, hay que precisar también que de esta destitución es posible articular un nihilismo activo, aquel que puede construir nuevos sentidos, como aquel niño que ante los empujes del mar es capaz de volver a construir nuevas estructuras, pero no *ex nihilo*, sino desde la afirmación del que ya sabe, del que conoce: “Ya no creemos que la verdad siga siendo verdad cuando se le descorren los velos; hemos vivido suficiente como para creer en esto” (*Ciencia jovial* 4). La unidad que se pretende disociar para fortalecer multiplicidades en tránsito, funciona también especularmente como operatoria de conciliación, definida desde una tradición filosófica que es necesario dismantelar: “Ahí se muestra una suprema jerarquía de los filósofos, al concentrar el ilimitado impulso al conocimiento y domeñarlo, forzándolo a la unidad” (Fragmento del año 1872).

Como bien señala el autor, frente a la unidad de la conciencia y la identidad latinoamericana, Nietzsche ofrece el perspectivismo y una proliferación de sentidos. Pero la constatación de condición sufriente, de marginación en la que ha estado sumido nuestro continente no impide, sino más bien es condición que nos permite asumir nuevas formas de resistencia a los intentos de restringir y limitar sus múltiples facetas y las formas de negociación y habitar en esas condiciones de menesterosidad. ¿Es resentimiento apelar a la historia de dominación y discurrir en formas de resistencia? Las tres transformaciones del espíritu (camello, león y niño), que anuncia Zaratustra y que articulan simbólicamente el proceso emancipatorio, requieren de un periodo de nihilismo que rechaza, como pura negación de todos los sentidos impuestos, para desde allí conformar al niño, quien ya no cree que todos los ideales proceden de fuerzas puras y evidentes, y que el miedo y la sumisión han condicionado nuestros modelos de sobrevivencia. De allí el nihilismo activo, que no necesita la fundamentalidad de la existencia, ni la universalidad de las verdades para encontrar sus propios sentidos.

La irrupción de Borges en el último apartado de este libro merece una atención especial, al considerar cierta relación de intemperividad continental de ambos autores, quienes comparten acusaciones comunes: “la clausura de la agencia; la aversión hacia la democracia; la depreciación del mundo al convertirlo en texto, al estetizar la realidad; el ataque a la historia, privilegiando discursos sin referentes ni contextos” (108). La

afirmación de un Borges que vendría a ser la más clara expresión de Nietzsche en nuestro continente viene a ser la propuesta más atrevida y que más riesgos conlleva. Para Sánchez, la vitalidad de Borges comprende una empatía con la propuesta nietzscheana: “El ‘animal fantástico’ de Nietzsche, el psicólogo, encuentra así su medio, su hábitat perfecto en los relatos de Borges, convirtiéndose en el animal fabulador” (109). Pero ¿no es Nietzsche el filósofo telúrico por excelencia?, ¿su pensamiento no está enraizado por las condiciones materiales de existencia, lo que llama fisiología? Desde aquí parece intrigante señalar a Borges como el gran nietzscheano latinoamericano, precisamente por su desapego y universalidad. Cuando Nietzsche nos habla acerca de las condiciones desde las cuales asentamos nuestras valoraciones, mencionando la alimentación, el clima, los tipos psicológicos de los europeos, ¿no son precisamente estas materialidades de cuerpo y la tierra las que determinan el pensar? ¿Es posible con Borges recuperar la vida? “A diferencia del cliché de lo real maravilloso, Borges asigna a la filosofía también el lugar de lo fantástico, de la invención y lo maravilloso” (127). Sin embargo, su apelación al engaño y el error como condiciones de la escritura no son suficientes para situar la obra de Borges como un buen continuador de su obra, como nietzscheano. Lo que habría que aclarar es si la consideración del error y el engaño son valoradas por Nietzsche *per se*, lo que vendría a fundar una nueva metafísica de los principios teleológicos. Sin esta consideración podríamos suponer un cierto diálogo entre ambos escritores. Pero no podemos olvidar que la centralidad de la escritura de Nietzsche es la vida y las formas de sentidos que acrecientan o engrandecen la vida: ahí yace su valoración. No es el juego mismo, no es la mentira contra la verdad, sino la verdad y la mentira en sentido extramoral, como acrecentadoras de la vida, las que nos permiten reconocer las formas en que socializamos y construimos nuestras instituciones. Del mismo modo, la pura dominación en su ejercicio dialéctico no determina correlativamente las fuerzas. Si esto fuera así, no habría más que señalar el poderío del cristianismo. El dominado que valora la vida, se enfrenta al dominador precisamente para establecer nuevas valoraciones. Es Nietzsche contra el crucificado. “¡Conducid, como yo, la virtud extraviada de vuelta a la tierra, de vuelta al cuerpo y a la vida; para que dé a la tierra su sentido, un sentido de hombres para hombres!” (*Zaratustra* 408).

Con todo, no puedo dejar de advertir que este libro es inquietante, pues contiene en sus afirmaciones un interés por abrir un debate necesario en torno a la displicencia que la filosofía realizada en Latinoamérica ha sostenido durante varias décadas. La normalización de la filosofía ha constituido una tradición que sin duda ha

obnubilado las posibilidades de discusión y apertura de la práctica filosófica, pero precisamente porque se instaura como unidad dinámica que es formada desde una totalidad mayor. Es el intento sostenido por la carencia, esa que se cuele por los poros, por esa piel de gallina que genera resentimiento. Sin embargo, sus dardos llevan a mencionar que sería Borges el heredero legítimo de Nietzsche, que precisamente se instaura su legitimidad por su incorporación a una tradición que se desliga de ese origen precario, para incorporarlo en la inclusión de una literatura universal, aquella que no se asienta en la tierra, ese gran centro de gravedad en el que tanto insistió Nietzsche. Porque ese destiempo que advierte Sánchez es el mismo que lo hizo intempestivo en Europa. Aquel desfase que surge de la confrontación de una tradición que se repite en nuestro continente y que condiciona notablemente sus consecuencias.

Finalmente, *Nililismo y verdad: Nietzsche en América Latina* nos invita a reflexionar y retomar un debate postergado eternamente. Aquel que sitúa el quehacer filosófico en América Latina en el contexto de la tradición filosófica occidental. El libro invita a repensar las relaciones que han devenido saberes en nuestro continente, sus diálogos y particularidades que nos invitan a evitar el constante riesgo a la definición y especialización. Lo que Sánchez identifica es un devenir filosofía y de cómo estos valores y tradiciones han hecho cuerpo y sangre en América Latina. El trabajo elaborado en este libro es sin lugar a dudas, necesario recorrer asimismo en otras vertientes del pensamiento latinoamericano, para desmontar los fundamentos de aquella filosofía de la carencia y la autoflagelación que nos relata el autor. El trabajo filosófico no tiene que buscar una verdad, ni simplemente comprender su propia historia. Con Nietzsche, es preciso crear mundos, posibilitar sentidos arraigados en la tierra, en la vida y en su transitoriedad; posibilidad siempre intempestiva en tanto descoloca aquello que solo temporalmente se ha establecido. La posibilidad del pensar es proponer y expresar lo que no es, lo que no ha sido, sin artilugios de trasmundos ni esencialidades suprahistóricas, que conduzcan a desbaratar todas las certezas en las que se enquistan nuestras formas de control y dominación actual. Es lo que Nietzsche procuró hacer en su tiempo, y contra su tiempo. Cabe, por supuesto, hacer/lo nuestro.